

El Grupo Aleph

SERGIO VODÁNOVIC

En Chile, el grupo teatral que se menciona frecuentemente en la conversación entre gente joven y que es considerado por los críticos como lo más importante dentro de la renovación teatral, no pone avisos en los diarios, no funciona en una sala habilitada para espectáculo público y ni siquiera paga impuestos por las entradas que vende. Es el Grupo Aleph, integrado por estudiantes universitarios de distintas facultades y universidades que de viernes a domingo ofrecen un programa titulado *Viva in mundo de fantasia* en lo que antiguamente fué sala de clase de la Academia del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica.

El espectador que ha oído el comentario sobre este espectáculo, sólo puede guiarse para llegar a destino por una desteñida bandera azul que cuelga sobre el frentis de una vieja casona de la calle Victorino Lastarria, fuera del centro comercial de la ciudad. Al entrar, se encontrará con un pasadizo donde hay algunas fotografías y, si ha llegado poco antes de la función, verá un grupo de gente, preponderantemente joven, que conversa entre sí. Le llamará la atención que algunos de ellos vistan un overall azul semejante al que usan algunos obreros: son los miembros del grupo teatral. En una mesa cerca de la puerta, pagan su entrada los que están en ánimo para ello. El valor es E' 10 (cincuenta centavos de dólar) y, sea que se incorpore a los grupos que conversan o se mantenga solitario, es seguro que alguno de los jóvenes de azul se acercará a convidarle un café. Pronto se abrirá la puerta de la sala donde se realiza la representación y mientras los espectadores se acomodan en las sesenta sillas plegables metálicas que caben en la sala, dos intérpretes inician un recital de canciones comprometidas. *El rock del Vietnam* es una de sus piezas más aplaudidas. Luego viene el teatro: son un conjunto de pequeños sketches que se van desarrollando uno tras otro con fluidez en los que se ironiza la propaganda comercial, los enajenadores programas de televisión dedicados a una música supuestamente popular, a la universidad en su capacidad de entregar profesionales integrados a la sociedad en

que viven. Y junto a la ironía, la nota dramática sobre la soledad, la injusticia social, la explotación del hombre por el hombre, el imperialismo.

Pronto, el espectador se da cuenta que no está viendo a actores profesionales, que nadie interpreta a nadie y los medios técnicos que poseen no son los que caracterizan a jóvenes egresados de academias dramáticas. Y algo más importante aún, trasciende que no existen textos propiamente tal que la gente que está en el escenario se están expresando ellos mismos, glosando sus vivencias, mostrando su realidad íntima.

Cuando el espectáculo termina, los intérpretes vuelven a mezclarse con el público y conversan con los que se quedan comentando las impresiones de la función. Todo principia y termina como si fuera una reunión de amigos.

¿Quiénes son?

Cuando Hans Ehrmann, Editor de Arte y Cultura de Revista Ercilla descubrió al grupo y publicó la primera crónica sobre ellos, la gente de teatro de Chile se preguntó asombrada quiénes eran estos desconocidos que así acaparaban la atención del más temible crítico teatral de Santiago. Su ignorancia estaba compensada. Los integrantes del grupo Aleph tampoco conocen a la gente de teatro chileno, a veces ni siquiera por sus nombres.

Todo nació hace tres años atrás cuando un grupo de estudiantes del Instituto Nacional quisieron hacer teatro, sin que fuesen espectadores habituales. Al grupo se fueron agregando amigos. "A mi me interesó—comenta uno de los integrantes—porque había niñas bonitas y vi la oportunidad de pasarlo bien." Pero esta intervención de "pasarle bien" que fue la motivación primera de casi cada uno de los integrantes del grupo, se fué transformando en algo serio, sin darse cuenta en un principio.

"Cuando supimos que la Universidad Católica auspiciaba un Festival de Teatro Universitario-Obrero . . . pensamos que era la oportunidad de hacer nuestra primera presentación en público. Fuimos a inscribirnos y nos preguntaron cual era el nombre del conjunto, recién entonces nos dimos cuenta que no sabíamos como nos llamábamos. Después de barajar varios nombres nos decidimos por Aleph. ¿Por qué? Por el cuento de Borges, por su significado matemático, en fin, por cualquiera cosa, pero, sobretudo, porque teníamos que tener un nombre para inscribirnos."

Después vino el problema de elegir una obra. Hasta entonces habían ensayado obras de entretención y, sobre todo, se habían dedicado a jugar a las improvisaciones. Terminaron por elegir *Hip . . . hip . . . ; Ufa!* del argentino Dalmiro Sanz aunque su texto no les satisfacía del todo. Su debut en el festival, les significó oír las primeras alabanzas. Decidieron seguir, buscaron obras, pero no encontraron ninguna que dijera lo que a ellos les interesaba decir. Decidieron afinar las improvisaciones en que se habían entretenido y se presentaron en 1969 en el Teatro La Reforma, de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales de la Universidad de Chile, con el título de *¿Quiere usted un cóctel molotov?*

No había un tema central, recuerdan ahora: "Fué un vaciarnos hacia afuera sin ningún orden. Pero a la gente le gustó y a nosotros nos sirvió para darnos cuenta que por ahí había un camino a seguir."

Y continuaron con el juego de las improvisaciones, pero, esta vez, siguiendo una línea central. El grupo se había consolidado y ahora estaba formado por una comunidad de amigos que buscaban una forma de expresar sentimientos comunes. Nunca tuvieron un director, ni uno de ellos se alzó como cabeza. Cualquiera traía una idea y, entre todos, buscaban la manera de darle una forma dramática. Una gran parte, terminaba considerándose como inservible, otra entraba dentro de "las posibles." Cuando hubo bastante material de estas últimas seleccionaron, unieron y formaron el espectáculo que ahora es el comentario de la gente que busca en Santiago, indicios de renovación dentro del teatro chileno.

El Antiteatro del Aleph

Los integrantes del grupo Aleph, universitarios, de 23 años como edad promedio, de extracción social burguesa e ideológicamente comprometidos con la extrema izquierda, se muestran un tanto desconcertados cuando se les evalúa como fenómeno teatral. Pareciera que, para ellos, el teatro es algo que les es ajeno, pues entienden como tal las academias, la impostación de vez, la interpretación de personajes, en una palabra, la máscara. Ellos han buscado una forma de expresarse y han encontrado ésta. Ninguno ha pasado por una academia, generalmente han visto y ven poco teatro y son ignorantes absolutos de lo que se hace en otras partes en el campo teatral que pueda equipararse a lo que ellos hacen. Bien puede decirse que, con la mayor inocencia, han descubierto el teatro, mejor, lo han reinventado.

Ahora, que por primera vez se han dado cuenta del esfuerzo de hacer durante tres meses todos los fines de semana una representación, empiezan a sentir la necesidad de aprender el dominio de la voz. Algunos de ellos principian a mostrar señales de afonía y deben preocuparse. Igualmente, para sus improvisaciones están considerando la posibilidad de tomar clases en expresión física.

Y cuando se les pregunta por su futuro en el teatro se encogen de hombros. Necesitan, como grupo humano, aumentar sus vivencias para poder expresar nuevos sentimientos. "Nos gustaría que nuestro próximo espectáculo fuera algo más positivo y no nos estemos lamentando de nuestras frustraciones como lo hemos hecho." Pero ellos bien comprenden que eso no depende de lo que quieran expresar, sino de sentirlo y, para eso, es necesario que cambie el contexto social en que viven. Si se les pregunta si seguirán por la senda de las improvisaciones, tampoco lo saben. "La improvisación nos ha servido hasta ahora. No tenemos nada contra un texto escrito previamente. Sólo que hasta ahora no hemos encontrado ninguno que nos exprese, que diga lo que queremos decir."

Semilla

Pero el Aleph no se limita a sus representaciones en la pequeña sala de la calle Victorino Lastarria ni a un programa de televisión dedicado a la juventud en que actualmente participan. Han iniciado un trabajo que puede convertirse en la semilla de la gran revolución teatral de Chile. De dos en dos, se han dirigido a las poblaciones marginales que circundan el gran Santiago y ahí le han ido enseñando su método de hacer teatro y de expresarse a la humilde gente que habita esos lugares.

“Los dejamos que ellos mismos se propongan sus temas y den rienda suelta a su imaginación para las improvisaciones. Nosotros nos limitamos a indicarles como redondear dramáticamente lo que les resulta. Ya tenemos algunos resultados interesantísimos. El único escollo lo hemos tenido cuando quiere integrarse al grupo un poblador con mayor cultura que tiene alguna noción de lo que es teatro. Ese lo que quiere es representar un personaje y reclama que si él es poblador, cuando hace teatro quiere ser otra cosa y no mostrarse en su misma condición. Es la antigua noción del teatro como evasión. En cambio, quienes no han visto nunca una representación teatral, principian a sentir la emoción y satisfacción de expresarse a sí mismo.”

Y, tal vez, en esta sensible explicación reside el por qué el grupo Aleph se constituya en el más revolucionario de los conjuntos teatrales chilenos.